



ETIENNA
MARTIN
FESTIVAL DE CANNES

OLIVER MENESES
EL REINO
RECLAMADO

Y OTRAS HISTORIAS DE ZOMBIES, MARCIANOS Y LOCOS



Turista

casional

Ejemplar de cortesía, prohibida su reproducción.
Cuento “*Día de Muertos*” como aparece en:

OLIVER MENESES
**EL REINO
RECLAMADO**
Y OTRAS HISTORIAS DE ZOMBIES, MARCIANOS Y LOCOS



SHOWBEAST

EL DÍA DE MUERTOS

Una calaverita de azúcar. Dos. Tres. Veinte. La cámara iba alejándose y con cada disparo entraban más y más en el encuadre. Sebastian estaba extasiado. Para todo sajón medianamente ilustrado, el folklore del tercer mundo hipnotiza como la llama a la mariposa. Recientemente había cambiado la tarjeta de memoria en su nueva 5D Mark II y no paraba de tirar hacia cada rincón de la iglesia. Todo lo que veía en la pantalla trasera de su cámara le proporcionaba tanta felicidad como si ya se hubiera ganado el World Press Photo.

Desde la pérdida de publicidad con el *credit crunch*, su revista, Travel Today, lo había mandado a varios destinos “exóticos” para crear exuberantes reportajes gráficos con la intención de que los lectores recobraran un poco el gusto por el papel y dejaran por un momento de lado el internet para sus consultas turísticas. “Gran error”, pensaba siempre Sebastian Corbell, pero no se atrevía a externarlo porque era uno de los dos fotógrafos de la editorial más beneficiados por este súbito interés de aumentar la cantidad de lectores, y consecuentemente de anunciantes.

Su mejor descubrimiento de la tarde: una serie de pequeños cráneos –conocidos como “calaveritas”– de chocolate con la leyenda MAIKOL en la frente, trazada con azúcar blanquiazul. No resistió comprar un par, esperando que aguantaran el viaje de regreso a Chicago.

–Son 30 pesos por las dos, güerito –le dijo la señora del puesto.

–¿Seguro? –respondió Sebastian en un masticado español con acento de turista–. El otro señor le dio un billete de veinte pesos.

–Noooo, vio usted mal, güerito, son treinta pesos por dos, siempre han sido treinta pesos, ¿verdá, tú? A ver dile al señor acá cuánto cuestan ésas –respondió la mujer, e intentó hacer complicidad con su hija adolescente quien veía con pena al joven fotógrafo.

–No importa, está bien, aquí tiene, gracias –le respondió Corbell con una sonrisa de resignación sabiendo que jamás iba a ganar un regateo en un puesto callejero como turista.

El “día de muertos” en la gigantesca Ciudad de México era lo suficientemente exótico para no tener que viajar a algún pueblo del interior, pensaba Corbell, mientras observaba las centenas de veladoras que alumbraban las ofrendas y los curiosos detalles de cada una de ellas.

La botella de Coca-Cola, los cigarros Marlboro, los panes con figuras de huesos, los burritos y otros platillos que venían envueltos en plástico transparente y que ahora eran parte de esos altares paganos en un templo, le divertían muchísimo y no escatimaba en fotografiar todo, explorando.

De entre la multitud que recorría esa iglesia en el centro de la ciudad, una muchacha seguía a Sebastian de cerca. Cada vez que él volteaba buscando algún nuevo ángulo, alguna nueva historia, ella desaparecía de su vista. Se divertía al estar tan cerca sin ser percibida. Parecía muy joven, con rostro de adolescente, vestida

con una sudadera con capucha y una bolsa pequeña que le colgaba cruzando el torso.

En algún momento Sebastian intentó un acercamiento sobre una anciana que rezaba hincada, sosteniendo en sus arrugadas manos la fotografía de un hombre que podía ser su esposo, pero una sombra se metió en su campo de visión.

—¿No me da mi calaverita? —apareció frente a él un niño de facha humilde y colmillo chantajista, con una gran calabaza anaranjada de plástico que sostenía a la altura de sus ojos.

—*Hey, you!*, ¡hola! —le contestó Sebastian amigable, pretendiendo liberar su encuadre para no perder esa fotografía.

—¿No me da mi calaverita? —le repitió el niño, insistente, subiendo la voz y haciendo que la mujer cambiara de lugar.

Sebastian intentó hacerle caso.

—¿Calaverita? *But that's a pumpkin!* Not. ¡No calavera! —dijo, y quiso entablar un diálogo con el niño que sólo le acercaba la calabaza de plástico a la cara.

—Para un taco —le contestó el niño.

—OK... —viendo otras monedas dentro del juguete, Sebastian no tuvo más remedio que darle algunas que tenía en la bolsa. Hasta un par de cuartos de dólar se colaron en el gesto.

El niño, sin decir nada, echó a correr para perseguir a otro turista.

—OK, *then*. Adiós... —murmuró el fotógrafo al verse otra vez superado.

La chica que lo seguía se había acercado más y desde una columna observó con una sonrisa la desfachatez del pequeño.

Sebastian decidió que ya tenía cubierta la locación y salió en rumbo de un mercado popular que aparecía en bastantes guías y sitios de internet. Afuera, en las calles del centro de la ciudad,

todo conmemoraba la fecha: la combinación bizarra del *Halloween* con el “día de muertos” aparecía en todas las tiendas, restaurantes, panaderías, oficinas y casi en cada comercio por donde Sebastián pasaba.

Al llegar al mercado popular, lo encontró más lleno de lo que esperaba. Por primera vez se sintió inseguro llevando su nueva cámara tan al descubierto. Había leído mucho acerca de la inseguridad en la ciudad. Un joven alto y rubio ya contrastaba de por sí con el lugar, a lo que habría que añadirle el riesgo que representaba el equipo ostentoso que cargaba en su mochila. Pese a ello, visitó lo que más le interesaba: la zona esotérica del mercado.

Aun con la cámara guardada experimentó un poco de paranoia. Finalmente, ese instinto le había salvado el pellejo, y el equipo, en un bazar de El Cairo a principio de ese mismo año. De repente Sebastian vio a la muchacha que también contrastaba con el lugar. Era alta, delgada, muy blanca y de cabello rizado, moderna al estilo *sweetpunk* juvenil y con una sudadera negra con capucha que no se quitaba a pesar del calor que se sentía entre aquel gentío.

Un hombre cargando cajas con fruta distrajo a Sebastian y tuvo que quitarle la vista de encima a la chica. Cuando volvió a buscarla, ella ya no estaba.

—Cuidado, güerito —escuchó, sobresaltándose, cuando una anciana encargada de uno de los puestos que vendía objetos e implementos esotéricos, le jaló del brazo en advertencia.

—¿Qué? *Sorry? What?* ¿Qué? —intentó entender lo que le decía la señora. Ella no contestó. De repente, junto a él apareció la chica.

—¿Qué? ¿Muy interesado? —le preguntó.

Sebastian no supo cómo reaccionar y temiendo ser asaltado, o algo peor, sólo hizo un movimiento para ajustarse su mochila.

–*What? Sorry?* Mi español no es muy bueno, lo siento.

–¡Ja! ¡El mío tampoco, no te apures! Y qué, ¿cómo ves esto de la muerte? –le preguntó burlona la muchacha, dando pequeños saltitos y balanceándose compulsivamente.

La mirada de ella recorría todo el puesto: hierbas, libros, figuras de la santa muerte, altares, veladoras y diversos productos de magia blanca y magia negra que abarrotaban el pequeño espacio.

–*Well.* Bien, muy interesante, bonito, *you...* –Mira, todo este rollo de la santa muerte ¡tiene años! y lo del día de muertos, ni te digo, siglos –alardeó la joven.

Enseguida lo tomó de la mano y empezó a explicarle apresuradamente mientras lo conducía por los apretados pasillos del mercado. Sebastian, aturdido y visiblemente nervioso, se dejaba llevar.

Ella comentaba:

–Dicen que la santa muerte viene desde una diosa prehispánica llamada Mictecacíhuatl, la diosa de la muerte que reinaba en el Mictlán, la región de los muertos, *you know, like the land of the dead.* Uuu... *Spooky, ha?* Ja, ja, ja –aclaraba, burlona y divertida, mientras movía la cabeza de un lado a otro–. Y ahora la siguen muchos que a diario ponen en peligro su vida, como narcotraficantes, asesinos y otros delincuentes; puras finísimas personas.

–Finísimas pers.... Oh, I see, esto es como *voodoo stuff, right?*

–Voodoo? Ja, ja, ja. No, nel. Acá generalmente es para el bien, no para el mal. La santita es una amiga, una *friend, very close friend.* No es algo que esté en los cielos, es alguien con quien te echas un tequila.

Sebastian se relajó un poco interesándose por la chica y su plática. Al caminar por varios pasillos más descubrieron un puesto de tortas al que ella lo llevó saltando.

–Me muero de calor, ¿tú no?, dos cocas por favor –le pidió la carismática joven a la encargada.

La chica descubrió una mesa vieja de metal desocupada que apartó inmediatamente, juguetona. Sebastian la miraba divertido. Le preguntó:

–Y tú, eh, ¿cómo sabes todo esto? *And your english?*

–Ahhh.. *My father taught me everything.*

–*Good! By the way, I'm Sebastian Corbell, I work for a travel magazine in Chicago.*

–*Yes.* Lo sé. Sebastian la miró desconcertado dudando si entendió bien

lo que ella le dijo. –*How? I mean, ¿dices que lo sabes?, ¿eso dijiste?, ¿cómo?* La chica soltó una carcajada amplia.

–Güerito, preguntando a todos. Mal español, pésima *t-shirt* con cámara fotográfica y lentes en tu mochila medio abierta, checando el mapa de la ciudad en tu celular. ¿Qué más puedes ser? ¿Futbolista? ¡Ja!

–*Right, got me there, and you? What bring you here?*

Sin contestar, ella miró su reloj como acordándose de algo. Se llevó la mano a la frente de modo exagerado, y exclamó consternada, poniéndose de pie.

–*Sorry, gotta go.* Me tengo que ir. Tengo que recoger unas cosas, si no, mi papá me mata.

–*But.* –No, ja, ja, *I don't mean kill me-kill me, ¡pero sí me mata! Gotta go. See you later, dude!*

Sebastian se quedó en la mesa mirándola perderse entre la gente. Pensó confundido e impactado en la energía y simpatía de la chica, mientras un niño con dos botellas de plástico de Coca-cola, coronadas por dos grandes popotes rojos llegaba en ese momento a la mesa.

Al atardecer Sebastian caminaba por un cementerio. Fotografiaba vistas melancólicas de las cruces de piedra y los mausoleos. La luz azul de la noche y la sombra de los árboles empezaban a tomar posesión del lugar. Un aire frío se colaba por todos lados. Rezos y una canción popular se escuchaban a lo lejos, desde alguna reunión familiar alrededor de una tumba. Entonces, Sebastian escuchó un susurro en su oído:

Watch out, güerito...

Giró asustado sintiendo un escalofrío. Miró a todos lados y se descubrió solo. Con ansiedad se tocaba la oreja y la nuca como si todavía sintiera el aire del susurro ahí. Mientras seguía buscando la voz, su pie se enredó en una raíz que emergía de una de las tumbas, lo que hizo que trastabillara. Cuidando su cámara, intentó reaccionar girando, pero aun así cayó encima de una de las tumbas más viejas. Su peso no fue soportado por la corroída losa partiéndose ésta en dos, y Sebastian cayó dentro de la fosa en medio de un grito de terror.

Sebastian Corbell despertó sobresaltado en la cama de su hotel. Le costó un par de segundos reconocer su habitación y el bullicio de la ciudad afuera. La oscuridad era casi total y en el techo sólo entraba el reflejo de las luces de los automóviles que circulaban en la calle. Sebastian se incorporó, aturdido,

sudando y con la boca reseca. Prendió la lámpara del buró. Se frotó enérgicamente la cara y se dirigió al baño. Estaba sediento,

pero descubrió que se había acabado todas las botellitas de agua que proporcionaba el hotel. Sólo quedaban restos de Coca-cola tibia en la mesita del cuarto. Entró al baño y se enjuagó la cara en repetidas ocasiones. De repente, al alzar la vista en el espejo, vio detrás de él a la anciana del mercado. Aterrorizado y dando un grito, giró bruscamente tirando un vaso, el cepillo de dientes, la pasta dentífrica y todo lo que había en el lavabo.

Sebastian despertó sobresaltado en la cama de su hotel. Le costó un par de segundos reconocer su habitación y el bullicio de la ciudad afuera. Respiró profundo y se incorporó lentamente de la cama, agarrándose la cabeza.

"Fucking Halloween!", gritó con una mezcla de pena y coraje.

Checó la hora en su teléfono celular y yendo al baño encendió todas las luces del cuarto. Entró y se enjuagó la cara en repetidas ocasiones. Afuera, se escuchaba el caos de la ciudad.

Sebastian se cambió la camisa, se puso una chamarra y salió de su habitación para conocer algo de la ciudad de noche y aprovechar para tomar una cerveza.

Bajo las luces de la noche, el hotel barato donde ahora se hospedaba, parecía sacado de una mala película setentera. *"Cheap fuckers"*, pensó de su editora y los de administración que no quisieron pagar más.

En eso, vio en el *lobby* una figura conocida. Era la chica de la tarde, que hojeaba aburrida revistas viejas aventándolas con desprecio sin ponerles mucha atención. Traía puesta la capucha de su sudadera, ahora sí muy conveniente porque el

frío de noviembre empezaba a sentirse. Observó a Sebastian bajar las escaleras y lo recibió con una gran sonrisa, como si lo esperara de hace mucho. Él le regresó la sonrisa, por una parte feliz de ver

una cara conocida, pero nervioso por la extraña coincidencia, si es que lo era.

–*Hey, you, ¡dormilón! Llevo un buen rato esperándote. Pensé que nunca ibas a bajar para invitarme esa cerveza.*

–*How? Did you follow me? How do you know I was staying here?* – preguntó, intrigado.

Ella, sin contestar y haciéndole un guiño sexy lo tomó del brazo dirigiéndolo a la puerta.

–*Vamos, darling, let's go*, que me muero de sed. Él accedió, descubriéndola muy guapa de cerca.

Afuera del hotel, el viento de la noche pegaba en pleno. La gente paseaba muy abrigada, evitando el frío metiéndose a los comercios que desplegaban promociones de *Halloween*, con telarañas de plástico, arañas y vampiros colgando de las puertas.

Sebastian sentía algo extraño y una sensación de nerviosismo no dejaba de ronronearle en el estómago. Era ella. Después de meditarlo un poco, él se detuvo de pronto.

–*OK. Stop, girl. I don't get it. ¿Quién eres? ¿Por qué me sigues? ¿Me quieres asaltar?*

La chica se acomodó los rizos dentro de su capucha y lo miró, condescendiente.

–*Take it easy, my friend.* Sólo soy una amiga que te quiere ayudar con tu reportaje y tu historia acerca de esta bonita tradición.

–*¿Ayuda? I don't need help. I appreciate your company but... no, thanks.*

–*Todos necesitamos ayuda de vez en cuando, Sebastian.* –*Hey, this is too weird*, ni siquiera sé tu nombre y... –*Ana.* –*¿Ana? OK, that's a start! Just like that? Ana?*

–*Yes. My short name. Just call me Ana.* Sebastian respiró profundo intentando controlar su nerviosismo al ver la sonrisa y los ojos divertidos de Ana.

–*Come on, dude, don't be so fucking boring.*

–*OK Ana. Well, what's next?* ¿Cómo puedes tú ayudarme con my historia? –le preguntó Sebastian, retador.

–El tema de la muerte me es familiar –contestó ella, intentando parecer casual.

–*Oh, sure! Ha, ha, ha, uuu spooky, ha?* –Sebastian imitó el movimiento que ella le había hecho antes, meciendo la cabeza ridículamente a los lados y moviendo las puntas de los dedos.

–*Besides...* Necesitamos mejorar nuestra publicidad.

–*What?* No entiendo, ¿su publicidad? *Like advertising? How?*

–Sí. El negocio está bajando y necesitamos más clientela para estas fechas. Mi papá ha estado un poco más preocupado cada año –le dijo Ana, confidencialmente.

–*Oh I see, tienen un kind of business de Halloween or something?* Emocionada Ana brincó de alegría dándole un beso que *casi lo hace trastabillar.*

–*That's right! You are so clever!* Vamos por mi cerveza que no tenemos toda la noche.

–*Hey! Wait! You are crazy!* Brincando juguetona y agarrándose de su brazo, Ana lo condujo por varias calles. Mucha gente paseaba por la misma avenida. Los comerciantes ambulantes vendían juguetes y dis-fracés alusivos a la fecha.

–*What you are really missing here, my dear friend, is the focus point of all this!* –Ana intentaba explicarle a Sebastian mientras gesticulaba dramáticamente–. Lo que no sabes, como todo en esta tierra, es que hasta este tan *famous day*, o sea mañana, el “día de muertos”, corre el peligro de desaparecer. Puff. *Kaput.*

–*You mean, por el Halloween? Killing the mexican traditions?* –Ja, ja, ja. No idiota, en general, todos los días de muertos en todos los países.

–¿Cómo? *Don't get it.*

–Sencillo, *see.* La gente se está muriendo menos. Hay sobrepoblación de almas en el planeta. Hay menos muertes, mejor salud, mejores autos y aviones, más prevención, más bolsas de aire, más sistemas contra incendio, etc., etc. Aunque siempre hay una que otra guerra gringa, gracias, que ayuda, pero no es lo mismo. El negocio, *my friend,* está en picada.

Sebastian contestó siguiéndole la corriente, divertido, haciendo una caravana teatral como si agradeciera el “cumplido” por su nacionalidad.

–*What? Ha, ha, ha! What are you? The angel of death, or something? Ha, ha, ha!*

Al levantar la mirada, Ana no estaba. Y no había lugar o esquina donde se hubiera podido esconder tan vertiginosamente.

–¿Ana? ¡Ana! *Stop playing would ya? It's not funny! OK, it is funny! Ha, ha, ha. Where is the camera? Is this for a fucking Reality? Come on!* ¡Quiero mi cerveza!

Sebastian pensó en seguirle la corriente. Finalmente era lo más divertido que le había sucedido en este viaje. Avanzó un par de pasos mirando hacia todos lados para encontrarla.

Nada.

De repente, al caminar frente a una tienda de aparatos electrodomésticos cerrada a esa hora, todas las televisiones se prendieron en sincronía. Sebastian observó intrigado y descubrió que cada monitor desplegaba imágenes de muerte, destrucción, guerras, hambrunas, desolación, derrumbes, etc. Sintió una

punzada en el pecho. Entonces, en todos los aparatos televisivos apareció una misma imagen: Ana en un limbo blanco, centrada, con su capucha puesta, sonriendo hacia él. Un escalofrío recorrió su espalda y balbuceó:

“This is not happening, you are still fucking dreaming, having the worst nightmare. Fucking water, fucking cheap hotel, fucking trip. Wake up! Wake up!”

Sebastian cerró los ojos, se palmeó fuertemente las mejillas y luego se pellizcó las manos creyendo con ello despertar. Su gesto era de pánico. La gente que pasaba a su lado lo miraba extrañada. Al otro lado de la calle vio pasar un taxi. Cruzó la calle para intentar alcanzarlo.

—¡Taxi! ¡Taxi! El coche no se detuvo. Entonces escuchó un susurro al oído. —*You are not dreaming Sebastian.*

Dio un salto y un grito de terror, y se percató que la calle ahora estaba desierta y que gran parte del alumbrado público se había apagado dándole un aspecto lúgubre. Mirando a todos lados, empezó a correr desesperado, en dirección al hotel. Todo estaba cerrado, como si fuera ya de madrugada, sólo se escuchaban sus pasos apresurados por el pavimento. Al dar vuelta a la calle descubrió un local de comida china abierto. Sebastian entró jadeando.

El sitio estaba completamente vacío. La luz neón rojiza del letrero de OPEN y de un dragón con dos sables que lucía al final del salón, iluminaban el lugar. Se escuchaba el zumbido de las balastras.

—¿Hola? *Hello?* ¿Hola? —gritó nervioso, adentrándose en el lugar. Al acostumbrarse a la luz, ya adentro, se percató que había un teléfono en la caja registradora. Se acordó de su celular. Lo sacó y

vio que no tenía señal. Tomó el teléfono de la caja mientras de su cartera sacaba la tarjeta del hotel. Marcó.

–Sí, sí, hola, hotel... ¿Hotel Embajador? Quisiera un taxi por favor. ¿Bueno? *Hello?*

La comunicación se cortó. Intentó marcar otra vez cuando debajo de los sables de neón apareció Ana con una sonrisa burlona.

–¿Se murió la línea? ¡Ja, ja, ja!

Sebastian corrió hacia la salida que ahora parecía muchos metros más lejana, como si el lugar hubiera crecido repentinamente.

–¡Vamos! –le gritó Ana– ¡No seas niño chillón! ¡Hagamos un trato, anda! Yo no te hago nada. Te explico cómo es todo esto del “día de muertos” y tú obedeces, te portas bien, te relajas y escribes el mejor artículo que se te pueda ocurrir para hacer que el negocio suba. ¿Va? Invitas a todos tus lectores a que no se pierdan estas bonitas *traditions*.

–¿Cuál negocio? *What the fuck? I'm just a fucking photographer!* – reclamó Corbell.

–Necesitamos más muertos, *dammit!* ¡Sin muertos no existiría este día, ni nada de esto! ¿Dónde estaría lo divertido? ¿No sería lindo que todos los días fuera “día de los muertos”? ¿Acaso no te gustaría que todos los días fuera *Halloween?*

Con una malévola sonrisa iluminada por el rojo del neón, Ana abrió los brazos teatralmente inclinándose hacia el frente mientras un relámpago tronaba en el cielo en macabra sincronía.

–*Oh God!* Sebastian intentó nuevamente correr hacia la salida pero Ana apareció justo frente a sus narices. –¡Buuu!

Sebastian la empujó violentamente y al seguir hacia la salida Ana apareció nuevamente.

–¡Hey! Qué grosero. ¿Así desprecias a una mujer? Ven. Vamos a terminar tu artículo.

Sebastian estaba a punto de enloquecer. Sudaba de terror. Ana lo tomó del brazo y salieron del local de comida china.

Afuera todo era normalidad otra vez, con la actividad nocturna.

Sebastian no entendía nada.

Los coches pasaban y la gente paseaba disfrutando de los disfraces que muchos portaban para ir a ruidosas fiestas de *Halloween*. Sebastian intentaba zafarse de Ana, pero no podía, era como si estuviera pegado a ella, quien no parecía hacer esfuerzo alguno por retenerlo.

–¿Y tu cámara? No, señor, necesitas una cámara, si no, ¿cómo te van a creer? –le preguntó Ana.

–Traigo mi celular –respondió Sebastian lloriqueando.

–No, ¿cómo? Necesitas una cámara de a de veras. ¡Mira!, aquí viene una –le dijo divertida Ana mientras guiaba al joven fotógrafo caminando por la calle.

En ese momento una pareja de turistas de edad avanzada se dirigía a ellos caminando, con un libro guía. El hombre veía los edificios buscando el nombre de la calle para ubicarse; traía una pequeña cámara digital colgada del cuello. Saltando junto a la pareja, Ana le tocó el hombro a él, quien súbitamente se agarró el pecho cayendo en la banqueta ante la sorpresa de su esposa y de un par de transeúntes. Sebastian presenció todo, paralizado. Ana, silbando una tonada alegre, le quitó la cámara al señor sin que la esposa, que gritaba, o los transeúntes, se percataran de su presencia, ni de la de Sebastian.

–¿Qué hiciste? *Did you, did you kill him for a camera?* –el fotógrafo le replicó a Ana, al borde del colapso.

Ella jugaba con la cámara tomándole fotos a todo. –¿Ya ves cómo no agradeces la ayuda? Todo esto es por ti.

Toma, ya tienes cámara. *Now shoot! It's your turn!*

–*But you killed him? I've could have gone to my hotel!*

–Ya le quedaba poco tiempo, *anyway* –contestó ella levantando los hombros.

Ana le dio la cámara a Sebastian y se adelantó unos pasos haciendo gestos infantiles.

–*Really?* –preguntó pensativo él, sintiendo pena por el hombre.

–*Yep, like ten years.*

–*What? Are you fucking crazy? Ten years is a lot of time!* –respondió Sebastian, casi gritándole, mientras observaba que la gente se había juntado alrededor del hombre y su esposa.

–*Oh, dear.* Cuando vives una eternidad, diez años es un pestañeo. *Come on, Sebastian! It's fun! You should try it! Look, look!*

En seguida se acercó con saltitos a un vagabundo que yacía hablando solo, a la sombra de un edificio. El hombre balbuceaba mientras se balanceaba sin percatarse de ellos. Ana se puso en cuclillas y le tocó la cabeza. Ella respiró profundamente. El hombre cayó de inmediato, sin fuerzas, sobre una escalinata. Sebastian le gritó casi entre lágrimas.

–*Nooo, no, Ana stop. Please! Stop!*

Sin hacerle caso, la chica se miró la mano con la que tocó al hombre y con asco se la olió haciendo un gesto de desagrado. Se puso de pie y se la limpió en el pantalón.

–Sebastian, *relax, dude!* Todos mueren. Todos. Así es la vida. No hagas dramas. Es un proceso natural, además este ya estaba podrido desde antes.

Él estaba mareado, se llevó las manos a la cabeza, a los muslos, inclinándose, e intentó respirar profundamente para no perder el conocimiento.

–*I need a drink.* –¡Eso es lo que te he estado diciendo toda la noche, Sebastian!

Ella dio dos pasos para aproximarse a él y volverlo a tomar del brazo, pero él reaccionó asustado, saltando hacia atrás.

–*Don't touch me! –What? Are you crazy? You are my 'date'!* No te voy a hacer

nada, *darling. Come on!* Y sin que él pudiera reaccionar, Ana lo asió del brazo nuevamente.

Cuadras adelante, Sebastian se vio ante la reja principal de un cementerio. Estaba abierto y varias personas entraban con veladoras, flores y comida para preparar altares en algunas tumbas. Música de mariachi salía de una grabadora en el interior del cementerio. Sebastian respiró profundo y Ana le dio un jalón a su chamarra.

–¡Taraaan! –expresó, haciendo una tonada de gran revelación.

–*OK. This is it?* –preguntó él, nervioso. –*Quieres tu cerveza, ¿no? Conozco el lugar perfecto para tu artículo y nuestra sed.*

Ana avanzó a grandes saltos dentro del cementerio. Sebastian sabía que no tenía otro remedio más que seguirla.

–Anda, saca la camarita –presionó a Corbell haciéndole señas con la mano. Él obedeció como niño regañado.

Ella se abrió paso entre las lápidas, entontando una cancioncilla mientras posaba para él haciendo gestos sobre las cruces y lápidas. Le mandaba besos, se hacía la sexy y él la seguía mientras no

dejaba de tomarle fotos. Los *flashes* rebotaban en las piedras. Se percató que estaban llegando a una zona solitaria y oscura del cementerio; las veladoras, las flores y los *pic-nics* familiares se habían quedado atrás. Sin embargo, para su sorpresa otra música empezó a oírse. Aunque ésta se escuchaba como encerrada entre paredes, como si viniera de dentro de algún lugar. Él buscó con la mirada pero no encontró nada. Ana seguía la música caminando por uno de los caminos arbolados de esa zona del cementerio. Al doblar en la zona de los mausoleos, Sebastian se percató que la música venía del interior de uno de ellos: una estructura de mármol con una cruz y un ángel encima. Nada particular con respecto a los demás mausoleos, sólo que éste estaba abierto y de él emanaba otro bullicio, música de fiesta y una potente luz blancuzca.

—¡Llegamos! *We are here, finally!* —le dijo Ana, emocionada. —*What the f...* —Invitados primero.

Ana le extendió la mano invitándolo a pasar. Él dudando, abrió un poco la reja descubriendo una escalera hacia una especie de sótano de donde provenía el ruido.

—Anda, avanzando... —lo presionó ella, dándole una patadita en las nalgas.

Sebastian empezó a bajar. La música era variada, aunque predominaba lo que podría llamarse “moderna”. Rock, principalmente. Al llegar al final de la escalera se vieron dentro de un diminuto bar bastante ameno y lleno de gente. La iluminación era rojiza reflejando el color de las paredes y se sentía un calor húmedo. Sebastian estaba pasmado. Ana venía detrás empujándolo, abriéndose paso entre la gente hasta la barra levantando los brazos al ritmo de la canción que se escuchaba. El *bartender* al verlos acercarse recibió con una gran sonrisa a la chica, mientras preparaba una bebida, apurado.

–Hola Ana, ya se te estaba haciendo tarde –le dijo cínico el cantinero, un hombre moreno, delgado y con barba de candado que vestía una ajustada *t-shirt* con motivos rockeros de calaveras, alas, fuego y letras góticas.

–Ya ves. ¡Había tráfico! ¡Ja! –le contestó mientras se acomodaba en uno de los bancos de la barra.

–Muy bien, ¿qué van a querer de tomar? –preguntó el hombre.

–Una cerveza, por favor –contestó Sebastian educadamente.

–Que sean dos –completó Ana, con una seña tipo “amor y paz”.

Sebastian miró a Ana con detenimiento. Era una joven muy guapa. Su alborotado cabello rizado que se asomaba de la capucha de la sudadera le daba esa magia infantil que ella utilizaba con redoblada energía. La luz baja y rojiza del insólito bar iluminaba su respingada nariz y carnosos labios. Ella miraba con detenimiento las botellas del fondo de la barra y mientras seguía balbuceando al ritmo de la letra de la canción, sintió la mirada de Sebastian. Se miraron ahora a los ojos. Ella se sonrojó y se escudó en una sonrisita infantil.

–No me veas a mí, tonto, mira alrededor, este lugar *totally rocks!* Le llamamos “La última y nos vamos”.

Él rompió el contacto y analizó el lugar, divertido. Realmente era como cualquier bar, quizá más pequeño, donde la gente platicaba despreocupadamente. Todos bebían, reían, fumaban y brindaban al ritmo de la música. Sebastian se sintió en confianza y prendió la camarita.

–¿Se puede fumar aquí? –preguntó tontamente, como si fuera lo único especial del lugar. Ana no contestó, sólo le dirigió una mirada obviando la respuesta.

El *bartender* llegó con dos cervezas, las destapó frente a ellos y se las puso en dos servilletas. Les arrimó un platito con cacahuates. Sebastian empezó a tomar algunas fotos, el flash salía sin que él supiera apagarlo, pero la gente no se inmutaba, incluso ni siquiera miraba a la cámara. Estaban inmersos en sus respectivas pláticas.

—¿Me tomas una a mí? ¡Hace años que nadie lo hace! —le pidió el *bartender*, mientras se arreglaba la *t-shirt* y el cabello.

Sebastian se paró para encuadrar mejor y fotografió al hombre que mostraba una señal rockera formando cuernos con los dedos de la mano. El flash deslumbró al cantinero que parpadeó riendo a carcajadas.

—¡Ahora una a los dos! ¡Ven Ana! —pidió el cantinero.

Ana se estiró sobre la barra para abrazar al hombre y lo acompañó con una divertida mueca haciendo gesto de “ruda”.

Sebastian tomó un par de fotos de ellos, después se sentó. Tomó un gran trago de cerveza. Ana lo observaba mientras hurgaba en el plato de botana. El cantinero se acercó a ellos, confidente.

—Mira, Sebastian ¿verdad? —le dijo en voz baja, acercándose a él sobre la barra— No hay sistema perfecto, pero cosas como éstas de repente aligeran, ciertas... circunstancias. Honestamente no sé de quién fue la idea pero no es mala. Llevo tanto acá que ya se me olvidó cuestionármelo.

—¿Ésta es —le preguntó Sebastian, sincero— realmente la última copa de todos ellos?

—En efecto, *the last drink*, pero no hay prisas, *you see*. ¿Ves ése de allá? Lleva como dos años “tuyos” con ese martini en la mano. Nomás no se hace a la idea. Y ella, la de la esquina, ya cumplió ocho meses con su cuba libre. ¡Y los hielos intactos! Festejamos ayer por eso. Claro que hay también los valientes. Esos que llegan,

piden un *shot* de tequila, *jagger* o lo que sea, pegan en la mesa, dan un trago y se van luego luego –explicó el *bartender*.

–*I see. ¡Salud!* –Sebastian cerró los ojos y le dio otro gran trago a la cerveza que sintió fría y sumamente refrescante. El calor de la gente y la humedad le venía bien. Si no es porque todo aquello se ubicaba fuera de este mundo, él pensaría que era lo mejor del viaje. Seguía con los ojos cerrados disfrutando, y mientras bajaba la cerveza por su garganta recordó la sed que sentía. Al final de cuentas, no había tomado nada desde que se quedó dormido en su cuarto de ese hotel barato. En eso, escuchó a alguien acercarse, lo que lo sacó de su ensoñación cervecera.

–*Good, good night. Can I, can I have a whisky on the rocks, please?*

Al abrir los ojos lentamente, Sebastian descubrió que el tipo a su lado y que acababa de ordenar era el hombre mayor al que le quitaron la cámara. Un sentimiento de culpa lo embargó.

–*Sure! Right away, sir! Feel yourself at home!* –contestó diligentemente el *bartender* mientras corría a prepararle su bebida.

Al ver la cara de Sebastian, Ana le dio un manotazo en la chamarra:

–*Hey, dude! Wake up!* ¿Por qué no estás feliz? Te he dado material exclusivo. Espero que me hagas subir el negocio, ¿eh?

–Sí, por favor –interrumpió el cantinero–. Como verás, acá no se estila mucho eso de cliente frecuente, así que más bien, hay que apostarle al volumen, ¿verdad? No es que nos vaya mal, no me quejo, pero siempre puede ir mejor, ¿no? –le explicó al joven fotógrafo que veía al pobre hombre recibir su whisky. Se dirigió a Ana:

–A propósito, ¿cómo está tu papá?

Ana le contestó al *bartender* mientras sorbía su cerveza.

–Bien. Listo para la temporada, sabes cómo le encanta.

Sebastian dejó su cerveza y con una mirada intrigante le preguntó a Ana:

–*OK. I've heard that before. Who the hell is your father?* Ella, haciendo una mueca de desesperación hurgó en su *bolsita para sacar una tarjeta de presentación.*

–Bueno, digamos que mi papá es el encargado de todo esto y mañana celebramos su cumpleaños, *His birthday dude! Party time! ¡Yuhuu!*

Sebastian miró atónito la tarjeta:

“ANA TURAL DEATH. ACQUISITIONS”

Ana le sonrió entre inocente y traviesa.

–*Oh, shit.* –murmuró Sebastian, y como hipnotizado guardó la tarjeta, se quitó la cámara de encima y dio un par de pasos lentos hacia la salida. Al pasar por el turista del whisky le puso su cámara en el pecho, devolviéndosela. Éste la agarró sin reconocerla ni entender.

–*I'm really sorry* –le dijo Sebastian muy sentido. Justo antes de llegar al primer escalón hacia la salida, Sebastian escuchó la voz de Ana sobre el ruido del bar:

–No te has terminado tu cerveza.

–*I've had enough actually. I gotta go* –le contestó Sebastian sin voltear, estático.

–*No, you can't.* Hasta que te acabes tu cerveza –dijo ella, decidida.

–*I see.*

Sebastian regresó a su lugar y tomó la botella. Con una mirada de desprecio sobre Ana y el *bartender*, le dio un trago largo para intentar acabársela de una sola vez. Sintió un cosquilleo en la garganta y tosió debido a la espuma, arqueando el cuerpo.

Tos. Aire. Tos.

La vista se le nubló y buscó apoyo en el banco que no era lo suficientemente firme para evitar que Sebastian cayera al suelo.

En el mercado la gente se arremolinaba sobre Sebastian. La señora del puesto de tortas gritaba buscando auxilio. Sebastian yacía en el suelo mientras una Coca-Cola con un popote rojo se derramaba en la vieja mesa de metal. La señora del puesto no paraba de gritar mientras le agitaba una servilleta en la cara. Sebastian veía la escena borrosa, como entre sueños, antes de desvanecerse por completo.

-¡Una ambulancia! ¡Dios mío, una ambulancia! ¡Güero, aguanta!
¡Llamen a un doctor, o algo! ¡Ayúdalo, virgencita, que no se me muera aquí santita! ¡Compónmelo, por favor! ¡Un médico!

Ana caminaba tranquila por la calle tarareando una alegre canción. El sol pegaba duro pero ella traía su capucha y su sudadera negra con el cierre hasta arriba. Su bolsita cruzada rebotaba mientras ella avanzaba dando saltitos. Pasó junto a un puesto de calaveritas de dulce. Se detuvo y las analizó con cuidado. Tomó una de chocolate sin preguntar y siguió su camino. La niña que atendía el puesto nunca se percató de ella. Metros adelante, Ana vio con detenimiento su adquisición. En la frente de la calaverita, en papel azul metálico con bordes amarillos y escrito con merengue se leía: SEBASTIAN. Ella, con una sonrisa malévola, miró a ambos lados de la calle y le dio una gran mordida.

Diseño de portada: Oliver Meneses

© 2010, Oliver Meneses

COPYRIGHT/DERECOS RESERVADOS.

www.olivermeneses.com

www.showbeast.com

Primera edición: Julio de 2010

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del autor.

Otros títulos en:

www.olivermeneses.com

www.amazon.com

www.barnesandnoble.com

www.smashwords.com

DEL ESCRITOR DE DETRÁS DE LAS MONTAÑAS Y SUBTERRÁNEO

“TODA UNA AVENTURA
DE IMAGINACIÓN”



EL REINO RECLAMADO

Y OTRAS HISTORIAS DE ZOMBIES, MARCIANOS Y LOCOS

UN JESUCRISTO ZOMBIE, LOS VERDADEROS HÉROES
DEL PRIMER ALUNIZAJE, UNA MÁQUINA DE ORGASMOS,
UNA SUICIDA CARICATURISTA JAPONESA, UN PRÍNCIPE GAY,
UN PAR DE ALIENS PERDIDOS EN UN BASURERO,
EL MUÑECO DE MADERA MÁS FAMOSO DEL MUNDO,
UN CAZADOR DE ÁNGELES Y UN “ELEGIDO” QUE INSISTE
EN NO SERLO, SON ALGUNOS DE LOS PERSONAJES
QUE TE LLEVARÁN EN UNA MONTAÑA RUSA DE EMOCIONES
EN ESTA COMPILACIÓN DE HISTORIAS CORTAS.

ESTE ES EL PRIMER LIBRO EDITADO EN MÉXICO DE OLIVER MENESES,
ESCRITOR, GUIONISTA, DIRECTOR Y PUBLICISTA
CON EXPERIENCIA DE MÁS DE 19 AÑOS INVENTANDO HISTORIAS.

CHECA OTROS SECRETOS DE
EL REINO RECLAMADO EN:
WWW.OLIVERMENESES.COM

